

con sus minaretes interpolados con galerías morunas; cipreses tan corpulentos como los minaretes las acompañan, y contrastan por do quiera, con su negra hoja; con el resplandeciente brillo de los edificios; en la cima de la colina achatada de Stambul, se ven, entre las tapias de las casas y los minaretes, una ó dos colinas antiguas ennegrecidas por los incendios y bronceadas por el tiempo, que son algunos restos de la antigua Bizancio que se conservan en la plaza del Hipódromo ó del Atmeidan; tambien allí se extienden las vastas líneas de varios palacios del Sultan ó de sus visires: el Divan, con su puerta que ha dado nombre al imperio, está en aquel grupo de edificios; mas arriba destacándose sobre el cerúleo horizonte del cielo, una espléndida mezquita corona la colina y mira á los dos mares; su cúpula de oro, herida por los rayos del sol, parece que reverbera un incendio, y la transparencia de su cimborio y de sus paredes, coronadas de aéreas galerías, le da la apariencia de un monumento de plata ó de porcelana; aquí acaba por el horizonte, y la vista vuelve á bajar sobre otras dos anchas colinas cubiertas de sin interrupcion de mezquitas, de palacios, casas revocadas, hasta el fondo del puerto, donde el mar disminuye insensiblemente de anchura, y se pierde á la vista bajo los árboles en el valle árcaico de las aguas dulces de Europa: si se vuelven los ojos al canal, se ve una multitud de mástiles agrupados en la ori-

lla de la escala de los Mneros del arsenal, y bajo los bosques de cipreses que cubren las faldas de Constantinopla; se ve la torre de Gálata, construida por los genoveses, salir como el palo mayor de un buque, de un océano de tejados, y blanquear entre Gálata y Pera, semejante á un pilar colosal entre dos ciudades, y el ojo vuelve á reposar en fin en las serenas aguas del Bósforo, incierto en Europa y Asia. Tal es la parte material del cuadro; pero si se añaden á estos principales rasgos de que se compone el inmenso marco que le rodea y le hace resaltar del cielo y del mar, las negras líneas de las montañas de Asia, las bajos y vaporosos horizontes del golfo de Nicomedia, las crestas de las montañas del Olimpo de Brusa que aparecen detras del serrallo mas allá del mar de Mármara, y que estiende sus vastas nieves como blancas nubes en el firmamento; si se agregan á este magestuoso conjunto la gracia y el color infinito de esos innumerables pormenores; si se representa uno en el pensamiento los variados efectos del cielo, del viento, viento de las horas del dia sobre el mar y sobre la ciudad; si ve uno las flotas de los buques mercantes desprenderse, como bandadas de aves marinas, de la punta de los negros bosques del serrallo, tomar el medio del canal, é internarse lentamente en el Bósforo formando grupos siempre nuevos; si los rayos del sol en ocaso vienen á rasar las cimas de los árboles y de los minaretes, y á inflamar, como

reverberaciones de un incendio, las rojas tapias de Scútari y de Stambul; si el viento que refresca ó se aplana alisa el mar de Mármara como un lago derretido, ó rizando ligeramente las aguas del Bósforo, parece que tiende sobre ellas las resplandecientes mallas de una inmensa red de plata; si el humo de los barcos de vapor se alza y gira en medio de las grandes velas temblorosas de los navíos ó de las fragatas del sultan; si el cañonazo de la oracion retumba, en prolongados ecos, desde el puente de los buques de la armada hasta bajo los cipreses del campo de los Muertos; si los innumerables rumores de las siete ciudades, de los millares de embarcaciones se alzan en bocanadas de la tierra y del mar, y le llegan á uno en alas de la brisa, hasta á lo alto de la columna donde se halla; si se considera que ese cielo es casi siempre tan profundo y tan puro; que esos mares y esos puertos naturales están siempre sosegados; que cada casa de esas largas riberas es una ensenada donde los buques pueden fondear en todos tiempos debajo de las ventanas, donde se construyen y se botan al agua navíos de tres puentes bajo la sombra misma de los plátanos de la orilla; si se acuerda uno de que está en Constantinopla, en esta ciudad reina de Europa y Asia, en el punto precisamente adonde estas dos partes del mundo han venido de cuando en cuando, á abrazarse ó á lidiar; si la noche le sorprende en esta contemplacion, de la que nunca se cansa la vista; si se encienden los

faros de Gálata, del serrallo, de Scútari, y las luces de los navíos; si las estrellas se van destacando poco á poco, una á una ó en grupos, del firmamento azul, y circundan las negras cumbres de las costas de Asia, las nevadas cimas del Olimpo, las islas de los Príncipes en el mar de Mármara; la sombría meseta del serrallo, las colinas de Stambul y los tres mares, como de una randa azul sembrada de perlas en que aparece que nada toda esa naturaleza; si la claridad mas templada del firmamento adonde sube la luna naciente, deja bastante luz para ver las grandes masas de ese cuadro, borrando ó esfuminando los pormenores, tiene uno á todas las horas del dia y de la noche el mas magnífico y delicioso espectáculo que puede abarcar una mirada humana;—es una embriaguez de los ojos que se comunica al pensamiento, un deslumbramiento de la mirada y del alma;—es el espectáculo que disfruto todos los dias y todas las noches hace un mes.

El embajador de Francia me ha propuesto que le acompañe en la visita que todos los embajadores recién llegados tienen derecho á hacer á Santa Sofia, y á este fin me hallé esta mañana, á las ocho, en una puerta de Stambul que da sobre el mar, detras de las tapias del serrallo. Uno de los principales oficiales de Su Alteza nos aguardaba en la playa, y nos llevó primeramente á su casa, donde nos habia hecho disponer una colacion. Las habitaciones eran numerosas y estaban elegante-

mente adornadas, pero sin mas muebles que divanes y pipas: los primeros están contiguos à las ventanas que dan sobre el mar de Mármara. El almuerzo se sirvió à la europea; solo los manjares eran nacionales, y tan numerosos como esquisitos; pero todos nuevos para nosotros. Despues del almuerzo, las señoras fueron à ver à las mugeres del coronel turco, encerradas por aquel dia en una estancia inferior: el harem ó habitacion de las mugeres era la sala en que nos habian recibido. Todos llevàbamos babuchas de taflete amarillo para ponérmolas en la mezquita, sin lo cual hubiéramos tenido que quitarnos las botas y andar descalzos. Entramos en el ante-patio de la mezquita de Santa Sofia, en medio de un piquete de guardias, que nos abrian paso entre el gentío que habia acudido à vernos. Las caras de los osmanlis tenian una espresion de recelo y enojo, pues todos los buenos musulmanes miran la introduccion de los cristianos como una profanacion de sus santuarios. Apenas entramos, cerraron la puerta de la mezquita.

La gran basílica de Santa Sofia, construida por Constantino, es uno de los mas grandes edificios que ha hecho salir de la tierra el genio de la religion cristiana; pero se conoce, por la barbarie del arte que ha presidido à la disposicion de aquella gran mole de piedra, que fué la obra de una

época de corrupcion y de decadencia:—es el recuerdo confuso y grosero de un gusto que ya no ecsiste; es el bosquejo informe de un arte que se está ensayando. Precede al templo un largo y ancho peristilo cubierto y cerrado como el de San Pedro de Roma: varias columnas de granito, de prodigiosa altura, pero encajadas en las tapias, separan este vestíbulo del atrio. Una gran puerta se abre sobre el interior; el ámbito de la iglesia está decorado en sus costados con soberbias columnas de pórfido, de granito, egipcios y de preciosos mármoles; pero estas columnas, de grueso, de proporcion y de órdenes diversos, son evidentemente restos sacados de otros templos, y colocados allí sin simetría y sin gusto, como una obra de bárbaros. Pilares gigantescos, de mampostería vulgar, sostienen un cimborio aéreo como el de San Pedro, y cuyo efecto es por lo menos igualmente majestuoso; este cimborio, cubierto en otro tiempo de mosaicos que formaban cuadros en la bóveda, se revocó cuando Mahometo II se apoderó de Santa Sofia para convertirla en mezquita. Algunas partes del baño de color están descascaradas y dejan traslucir la antigua decoracion cristianas. Al rededor de la basílica, à la altura del arranque de la bóveda, se estienden galerías circulares, apoyadas en vastas tribunas. El aspecto del edificio es bello; espacioso, sombrío, sin ornatos; con sus rasgadas bóvedas y sus co-

lumnas bronceadas, semeja el interior de una colossal sepultura cuyas reliquias ha dispersado el tiempo: inspira el terror, el silencio, la meditacion sobre la inestabilidad de las obras del hombre que edifica para ideas que cree eternas, y cuyas ideas sucesivas, ya con un libro, ya con un sable en la mano, vienen cada cual á su vez á habitar ó á arruinar los monumentos. En su estado presente, Santa Sofia parece un gran almacen de Dios; allí están las columnas del templo de Efeso, allí las imágenes de los apóstoles con sus aureolas de oro en la bóveda, mirando las lámparas suspendidas del iman. Luego que salimos de Santa Sofia, fuimos á visitar las siete mezquitas principales de Constantinopla, todas menos grandiosas pero infinitamente mas bellas. Se conoce que el mahometismo tenia su arte propio, su arte enteramente conforme con la luminosa sencillez de su idea, cuando crigió estos templos, sencillos, regulares, espléndidos, sin sombras para sus misterios, sin altares para sus víctimas. Estas mezquitas se parecen todas, salvo el tamaño y el color; precedenlas grandes patios rodeados de claustros donde están las escuelas y las viviendas de los imanes: soberbios árboles dan sombra á estos patios, y numerosas fuentes derraman en ellos el rumor y la voluptuosa frescura de sus aguas: en las cuatro esquinas de la mezquita se alzan, como aéreos pilares, cuatro minaretes de primoroso trabajo; pe-

queñas galerías circulares con un antepecho de piedra calado como encaje, rodean á diferentes alturas el cuerpo del minarete:—allí se coloca, en las diferentes heras del dia, el muzlin que grita la hora y llama á la ciudad al pensamiento constante del mahometano, el pensamiento de Dios. Un pórtico por entre el cual se ven los jardines y los patios, y al que se sube por unos cuantos escalones, conduce á la puerta del templo. Este es un atrio cuadrado ó redondo, coronado por una cúpula sostenida por elegantes pilares ó hermosas columnas istriadas: un púlpito está apegado á uno de los pilares: forman el friso algunos versículos del koran escritos en la pared. Las paredes están pintadas de arabescos. De uno á otro pilar cruzan la mezquita unos alambres que sostienen una multitud de lámparas, de huevos de avestruz suspendidos, de manojos de espigas ó de flores: las losas del pavimento están cubiertas de esteras ó de ricas alfombras. El efecto es sencillo y grandioso: no es aquello un templo donde mora un Dios; es una casa de oracion y de contemplacion donde se reunen los hombres para adorar al Dios único y universal. Lo que se llama culto no ecsiste en la religion: Mahoma predicó á unas tribus bárbaras en quienes los cultos ocultaban al Dios. Los ritos son sencillos; una fiesta anual, abluciones y la oracion, en las cinco divisiones del dia, á esto se reduce todo.

Ningun dogma fuera de la creencia en un Dios creador y remunerador;—las imágenes suprimidas por miedo de que tienten la flaca imaginacion humana, y conviertan el recuerdo en culpable adoracion:—ningun sacerdote, á lo menos, la facultad para todo fiel de hacer oficio de sacerdote: el cuerpo sacerdotal no se formó sino con el trascurso del tiempo y por corrupcion. Siempre que he entrado en las mezquitas, he hallado en ellas un corto número de turcos acurrucados ó tendidos en las alfombras, y orando con todas las señales exteriores del fervor y de un completo arrobaamiento.

En el patio de la mezquita de Bayaceto veo el sepulcro vacio de Constantino, que es un vaso de pórfido de prodigiosa magnitud, en el que cabrian veinte héroes. El trozo de pórfido es evidentemente de la época griega, y sin duda es tambien algun resto arrancado de los templos de Diana en Efeso. Los siglos se prestan sus templos como sus sepulcros, y se les vuelven vacios. ¿Dónde están los huesos de Constantino? Los turcos han encerrado su sepulcro en un kiosko, y no le dejan profanar. Las sepulturas de los sultanes y de sus familias están en los jardines de las mezquitas que ellos han construido, bajo kioskos de mármol sombreados por copudos árboles y perfumados por las flores. Hermosos surtidores murmuran al

lado ó dentro del kiosko mismo, y el culto del recuerdo es tan inmortal entre los musulmanes, que nunca he pasado por delante de una de esas sepulturas sin hallar ramilletes de flores recién cogidas puestos en la puerta ó en las ventanas de esos numerosos monumentos.

Acabo de bajar y de volver á subir el canal del Bósforo de Constantinopla en la desembocadura del mar Negro, y voy á bosquejar para mí, algunos rasgos de esta encantada naturaleza. No creia yo que el cielo, la tierra, el mar y el hombre pudiesen producir juntos tan hechiceros paisajes. El trasparente espejo del cielo ó del mar es el único que puede verlos y reflejarlos enteros; mi imaginacion los vé y los conserva así; pero mi memoria no puede guardarlos y pintarlos sino por medio de algunos pormenores sucesivos. Escribamos, pues, vista por vista, cabo, por cabo, ensenada por ensenada, minuto por minuto. Años enteros necesitaria un pintor para reproducir una sola de las orillas del Bósforo; el pais muda á cada nueva mirada, y siempre se renueva igualmente hermoso variando. ¿Qué puedo decir en algunas palabras?

Conducido por cuatro remeros arnautas en uno de estos largos caiques que hienden la mar como un pez, me he embarcado solo á las siete de la mañana con un sol y un cielo hermosísimos. Un intérprete, tendido en la barca entre los remeros ▽

yo, me iba diciendo los nombres y las cosas. Primeramente costeamos los muelles de Tofana, con su cuartel de artillería. La ciudad de Tofana, alzándose en escalones de casas revocadas, como ramilletes de flores, agrupados al rededor de la mezquita de mármol, iba á morir bajo los altos cipreses del gran campo de los muertos de Pera: esta cortina de sombría verdura remata las colinas por este lado. Deslizábamonos por entre una multitud de buques al ancla de innumerables caiques que llevaban á Constantinopla los oficiales del serrallo, los ministros y sus kiaias, y las familias de los armenios que la hora del trabajo llamaba á sus factorías. Estos armenios son una raza de hombres soberbios, noble y sencillamente vestidos, con un turbante negro y un largo ropon azul ceñido al cuerpo con un chal de cachemira blanco. Sus formas son atléticas; sus fisonomías inteligentes; pero vulgares; tienen la tez colorada, los ojos azules, la barba rubia; son los suizos del Oriente; laboriosos, pacíficos, regulares como ellos, pero como ellos calculadores y codiciosos; ponen su ingenio traficante al servicio del sultan ó de los turcos; nada hay de heroico ni de belicoso en esta raza de hombres. El comercio es su vida y bajo todos los gobiernos serán comerciantes: son, de todos los cristianos los que mas simpatizan con los turcos. Prosperan y acumulan las riquezas que estos desatienden y que se les escapan á los griegos y á los judíos; todo es-

tá aquí entre sus manos. Son los dragomanes de todos los bajás y de todos los visires. Sus mugeres, cuyas facciones tan puras; pero mas delicadas, recuerdan la serena hermosura de las inglesas ó de las labradoras de los montes de Suiza, son admirables, lo mismo que los niños. Los caiques en que van están llenos de canastillos de flores que traen de sus caseríos.

Empezamos á torcer la punta de Tofana y á resbalar á la sombra de los grandes navíos de guerra de la armada otomana, surta en la costa de Europa: estas enormes moles duermen aquí como en un lago. Los marineros, vestidos, como los soldados turcos, con chaquetas coloradas ó azules, están indolentemente reclinados en los obenques, ó se bañan al rededor de la quilla. Grandes chalupas cargadas de tropas van y vienen de la tierra á los navíos, y los elegantes botes del capitan-bajá, conducidos por veinte remeros, pasan, como flechas, junto á nosotros. El almirante Tahir-Bajá y sus oficiales van vestidos con unas levitas oscuras, llevan en la cabeza el fez ó gran gorro de lana roja que se encasquetan hasta las cejas, como corridos de haberse despojado del noble y gracioso turbante. Estos hombres tienen un ademan melancólico y resignado; van fumando en sus largas pipas con boquilla de ámbar. Ahí se ven hasta unos treinta buques de guerra bien construidos, y

que parecen á punto de dar la vela; pero no hay ni oficiales ni marineros, y esta magnífica armada no es mas que una decoracion del Bósforo. Mientras que el sultan la contempla desde su kiosko de Beglierbey, situado frente por frente, en la costa de Asia, las dos ó tres fragatas de Ibrahim-Bajá poseen en paz el Mediterraneo, y las barcas de Samos dominan el Archipiélago. A pocos pasos de de estas naves, en la orilla de Europa que voy siguiendo, paso por debajo de las ventanas de un largo y magnífico palacio del sultan, no habitado á la sazón y que parece un palacio de amphibios; las olas del Bósforo, por poco que las arremoline el viento, rasan las ventanas y lanzan su espuma á las habitaciones del piso bajo. Los escalones del ingreso llegan á las aguas, y las puertas enrejadas dan entrada al mar hasta los patios y los jardines, donde se amarran los caiques, y donde están los baños de las sultanas que pueden nadar en el mar al abrigo de las persianas de sus salas.

Detras de estos patios marítimos, los jardines de lilas y de rosas se alzan en escalones sucesivos, sustentando terrenos y kioskos enrejados y dorados. Esas graciosas florestas van á perderse en grandes bosques de encinas, de laureles y de plátanos, que cubren las cuestas y se alzan con los peñascos hasta la cumbre de la colina. Las habitaciones del sultan están abiertas, y veo por las

ventanas, las ricas molduras doradas de los techos, las arañas de cristal, los divanes y las colgaduras de seda:—las del harem están cerradas con densos enrejados de madera elegantemente labrados. Inmediatamente despues de este palacio, empieza una serie no interrumpida de palacios, de casas y de jardines de los principales validos, ministros ó bajás del Gran-Señor. Todos duermen sobre el mar, como para respirar su frescura. Sus ventanas están abiertas; los amos están sentados en divanes, en espaciosas salas resplandecientes con oro y sedas, fumando, conversando; tomando sorbetes y mirándonos pasar: sus salas dan tambien sobre unos terrados cubiertos de arbustos y de flores que se siguen formando anfiteatro. Los numerosos esclavos, ricamente ataviados, están, por lo comun, sentados en los escalones que baña el mar; y los caiques, montados por sus remeros, están en el borde de aquellas escalinatas, prontos á recibir y á llevarse á los dueños de aquellas suntuosas moradas. Dó quiera los harenes forman un ala un poco separada por jardines ó patios, de la habitacion de los hombres; todos están enrejados;—solamente veo de cuando en cuando la cabeza de un hermoso niño que asoma entre las flores de las enramadas para mirar el mar, y el blanco brazo de alguna muger que entorna ó cierra una persiana. Estos palacios, estas casas son todas de madera, pero muy ricamente trabajada, con aleros, galerías y

barandillas infinitas, y todos están cubiertos y rodeados de sombras, de plantas rastreras y de bosques de jazmines y de rosas: todos están bañados por la corriente del Bósforo, y tienen patios interiores donde penetra el agua del mar y se renueva, y donde están á cubierto los caiques. El Bósforo es tan profundo en todas partes, que pasamos bastante cerca de la orilla para respirar el embalsamado ambiente de las flores, y para que descansen nuestros remeros á la sombra de los árboles. Los mas grandes buques pasan tan cerca como nosotros, y muchas veces una verga de un bergantín ó de un navío se enreda en las ramas de un árbol, en un emparrado, ó aun en las persianas de un balcon, y huye llevándose pedazos del follage ó de las casas. Estas casas no están separadas unas de otras mas que por grupos de árboles, ó por algunos ángulos de peñascos cubiertos de yedra y de musgo, que descienden de las cumbres de las colinas y se internan algunos piés dentro del agua: solo de cuando en cuando una ensenada mas ancha y profunda se abre entre dos colinas separadas y hendidas por el hueco cauce de un torrente ó de un arroyo. Entónces se estiende una aldea en las llanas orillas de estos golfos, con sus hermosas fuentes morunas, su mezquita con cúpulas doradas y azules, y su ligero minarete, que confunde su cima con la de los altos plátanos. Las casitas revocadas se alzan formando anfiteatro á ambos lados y

en el fondo de estos reducidos golfos, con sus fachadas y sus kioskos de mil colores; en la cima de las colinas, se estienden grandes caseríos, flanqueados por jardines suspendidos y grupos de pinabetes de anchas copas, y limitan los horizontes. Al pié de estas aldeas hay una plaza ó un muelle de granito de algunos pies de anchura: estas playas están plantadas de sicomoros, de vides, de jazmines y forman toldos hasta en el mar, bajo los cuales se ponen á la sombra los caiques: allí están surtos multitud de barcos y de bergantines del comercio de todas las naciones: fondean enfrente de la casa ó de los almacenes del armador, y muchas veces un puente echado desde el del buque hasta la ventana de la casa sirve para trasportar las mercancías. Una turba de muchachos, de vendedores de dátiles, de frutas y de verdura, circula por estos muelles, que vienen á ser el mercado de la aldea y del Bósforo; allí se ven reunidos marineros de todos los paises en medio de los osmanlis, que fuman sentados en sus alfombras, junto á las fuentes, al rededor del tronco de los plátanos.

Ninguna vista de las aldeas de Lucerna ó de Intersaken pueden dar una idea de la gracia y de la pintoresca originalidad de estas pequeñas ensenadas del Bósforo; es imposible no pararse un momento para contemplarlas. De cinco en cinco minutos, con corta diferencia, se hallan de estos pueblos, puertos ó aldeas, en la primera mitad de



la costa de Europa, es decir, por espacio de dos ó tres leguas; luego van siendo menos frecuentes, y el pais toma un carácter mas agreste á causa de la elevacion cada vez mayor, de las colinas y de la profundidad de los bosques. No hablo aquí mas que de la costa de Europa, porque á la vuelta describiré la costa de Asia, mucho mas hermosa todavía; pero es preciso no olvidar, para formarse una imágen esacta, que esta costa de Asia no está mas que á algunas brazas de la colina que voy siguiendo; que muchas veces me hallo tan cerca de una como de otra, y que las mismas escenas que pinto en Europa arrebatan los ojos cada vez que se vuelvan á la costa de Asia;—pero volvamos á la orilla que tengo mas cerca. Hay un sitio, pasado el último de estos puertos naturales, en que el Bósforo se acanala, como un ancho y rápido rio, entre dos cabos de peñascos que bajan perpendicularmente de lo alto de sus dobles montañas; el canal, que serpentea, parece á la vista enteramente cerrado allí; solo á medida que uno avanza le ve desarrollarse y torcer detras del cabo de Europa, luego ensancharse y abrirse como un lago, para sustentar en sus márgenes las dos ciudades de Terapia y de Buyukderé. Del pié á la cima de estos dos cabos de peñascos cubiertos de árboles y de espesa vegetacion suben unas fortificaciones medio arruinadas, y se lanzan unas enormes torres blancas, almenadas, con puen-

tes levedizos y torreones, de la forma de las hermosas construcciones de la edad media: estos son los famosos castillos de Europa y de Asia, desde donde Mahometo II sitió y amenazó por tanto tiempo á Constantinopla ántes de penetrar en ella; se alzan, como dos blancas fantasmas, del negro seno de los pinos y de los cipreses, como para cerrar la entrada de estos dos mares. Sus torres y sus cubos, suspendidos sobre los buques navegando á toda vela; los largos ramos de yedra que penden, como mantos de guerreros, sobre sus tapias medio arruinadas; los peñascos grises que los sostienen y cuyos ángulos salen del bosque que los rodea; las grandes sombras que proyectan sobre las aguas, hacen de este sitio uno de los puntos mas caracterizados del Bósforo: aquí pierde parte de su aspecto esclusivamente gracioso, para presentar uno ya gracioso, ya sublime. Algunos cementerios turcos se estienden á sus piés, y los turbantes labrados de mármol blanco salen de trecho en trecho de entre las enramadas, bañados por las olas. ¡ Felices los turcos! siempre reposan en el lugar de su predileccion, á la orilla de la corriente cuyo murmullo los ha encantado, visitados por las palomas que sustentaban en vida, embalsamados por las flores que ellos plantaron; si no poseen la tierra durante su vida, la poseen despues de su muerte,—y no se arrojan los restos de las personas á quienes se ha amado, en

esos muladares públicos de donde el horror rechaza al culto, á la piedad de los recuerdos.

Mas allá de los castillos, el Bósforo se ensancha; las montañas de Europa y de Asia se elevan mas ásperas y mas desiertas; solo las orillas del mar están todavía sembradas de trecho en trecho de casitas blancas y de pequeñas mezquitas rústicas sentadas sobre un collado junto á una fuente ó bajo la copa de un plátano. La aldea de Terapia, residencia de los embajadores de Francia y de Inglaterra, ciñe la playa un poco mas léjos; las altas selvas que la dominan proyectan sus sombras sobre los terrados y las praderas de ambos palacios, pequeños valles, encajonados entre los peñascos, forman límites de las dos potencias. Dos fragatas, una inglesa y otra francesa, surtas en el canal en frente de cada palacio, están constantemente allí para aguardar la señal de los embajadores, y llevar á las escuadras del Mediterráneo los mensajes de guerra ó de paz. Buyukderé, lindísimo pueblo situado en el fondo del golfo que forma el Bósforo en el momento en que se tuerce para ir á perderse en el mar Negro, se estiende como una cortina de palacios y de quintas por las faldas de dos sombrías montañas. Un hermoso muelle separa los jardines y las casas del mar. La escuadra rusa, compuesta de cinco navíos, de tres fragatas y de dos barcos de vapor, está surta delante de las azoteas de los palacios de Rusia, y forma una ciudad encima de las aguas,

en frente de la ciudad y de las deliciosas florestas de Buyukderé. Las lanchas que llevan órdenes de un buque á otro, las embarcaciones que van á hacer aguada á las fuentes ó á pasear á los enfermos por la playa; los yatchs de los jóvenes oficiales, que luchan como caballos de carrera, y cuyas velas, inclinadas bajo el viento, mojan las olas; los cañonazos que retumban en las profundidades de los valles de Asia, y anuncian que nuevos bajeles desembozan del mar Negro; un campamento ruso establecido en las abrasadas faldas de las montañas del Gigante en frente de la escuadra: la hermosa pradera de Buyukderé, á la izquierda, con su grupo de maravillosos plátanos, uno solo de los cuales da sombra á un regimiento entero; los magníficos bosques de los palacios de Rusia y de Austria, que coronan la cumbre de las colinas; una multitud de casas elegantes y adornadas con balcones, que ciñen los muelles, y cuyas rosas y lilas penden, en festones, del borde de las azoteas; los armenios con sus hijos, llegando ó partiendo sin cesar en sus caiques llenos de ramos y de flores; el brazo del Bósforo, mas sombrío y mas estrecho, que empieza á descubrirse estendido hácia el brumoso horizonte del mar Negro; otras cordilleras de montañas, enteramente desnudas de aldeas y de caseríos, y alzándose entre las nubes con sus negras selvas, como formidables límites entre las revueltas del mar, de las tempestades, y la magnífi-

ca serenidad de los mares de Constantinopla; dos castillos uno en frente de otro, en cada orilla, coronando con sus baterías, sus torres y sus almenas las alturas avanzadas de dos sombríos cabos; luego, en fin, una doble línea de peñascos cubiertos de selvas, que van á morir en las azules aguas del mar Negro:—tal es el punto de vista que se disfruta desde Buyukderé. Añádase à esto el tránsito perpetuo de una hilera de naves que van á Constantinopla ó salen del canal, segun que el viento sopla del Norte ó del Mediodía; estas naves son á veces tan numerosas que, un dia, volviendo en mi caique conté cerca de docientas en ménos de una hora. Suelen navegar en grupos, como aves que cambian de clima; si el viento varía, dan bordadas de una á otra orilla, yendo á virar bajo las ventanas ó bajo los árboles de Asia ó de Europa; si refresca la brisa, fondean en una de las innumerables ensenadas ó en la punta de los pequeños cabos del Bósforo, y un momento despues vuelven á cubrirse de velas. A cada minuto, el paisage, vivificado y modificado por estos grupos de buques á la vela ó al ancla, y por las diversas posiciones que toman á lo largo de las costas, muda de aspecto, y hace del Bósforo un maravilloso kaleidoscopo.

Cuando llegué á Buyukderé, tomé posesion de la lindísima casita en el muelle donde M. Truqui tuvo la bondad de ofrecermé su doble hospitalidad, y en la que pasarémos el verano.

La misma fscha.

Parece, despues de la descripcion de esta costa del Bósforo, que la naturaleza no podrá sobrepujarse á sí misma, y que ningún paisage puede esceder en hermosura al que acabo de admirar; y sin embargo, al volver esta noche á Constantinopla, he seguido la costa de Asia y me parece mil veces mas hermosa que la de Europa. La costa de Asia, no le debe casi nada al hombre; la naturaleza lo ha hecho todo en ella! No hay allí ni Buyukderé, ni Terapia, ni palacios de embajadores, ni ciudad de armenios ó de francos; no hay mas que montañas, desfiladeros que las separan, graciosos valles alfombrados con praderas que se alzan entre las raices de los peñascos, arroyos que serpean por ellas, torrentes que los blanquean con su espuma, bosques suspendidos en sus faldas, que se deslizan por sus quebradas, que descienden hasta las orillas de los numerosos golfos de la costa; una variedad de formas y de tintas, que el pincel de un pintor de paisés no podria inventar; algunas casas aisladas de marineros ó de hortelanos turcos, esparcidas de trecho en trecho por la playa, ó en la cumbre de una frondosa colina, ó agrupadas en la punta de los peñascos á cuyos piés se desata la corriente en olas azules como un cielo nocturno; algunas blancas ve-

las de pescadores que se internan en profundas ensenadas, y que se ven resbalar de un plátano á otro como un lienzo seco que recogen las lavanderas; innumerables bandadas de pájaros blancos que se enjugan á la vera de los prados; grandes águilas que tienden el vuelo desde las montañas al mar; los mas misteriosos ancones, enteramente cerrados por peñascos y árboles gigantescos, cuyas ramas inundadas de hojas, se doblan sobre las aguas, y forman encima del mar anchas bóvedas en que se meten los caiques.

Una ó dos aldeas escondidas en la sombra de estos ancones, con sus huertos situados á sus espaldas en verdes pendientes, y sus grupos de árboles al pié de los peñascos, con sus barcas mecidas por el agua serena á sus puertas, sus bandadas de palomas sobre los tejados, sus mugeres y sus niños á las ventanas, sus ancianos sentados al pié de un plátano junto á un minarete;—los labradores que vuelven de los campos en sus caiques; otros que llenan sus barcas de fagotes verdes, de mirtos ó de brezos en flor, para secarlos y quemarlos en invierno;—escondidos detras de aquellos montes de verdura pendientes de los costados de la barca, no se distinguen ni la barca ni el remero, y cree uno ver un pedazo de la orilla, arrancado por la corriente, flotar á la ventura sobre el mar, con sus verdes hojas y sus olorosas

flores. Este aspecto ofrece la orilla hasta el castillo de Mahometo II que, tambien por este lado, parece que cierra el Bósforo como un lago de Suiza; allí, cambia de caracter; las colinas menos ásperas son tambien mas bajas, y abren mas suavemente sus estrechos valles; ya allí se estienden mas ricas y frecuentes algunas aldeas asiáticas; las aguas dulces de Asia, bellísima llanura cubierta de árboles, de kioskos y de fuentes morunas, se abren á la vista;—gran número de carruages de Constantinopla, especies de jaulas de madera dorada, sostenidas sobre cuatro ruedas y tiradas por dos bueyes, circulan por las praderas; de ellas salen algunas mugeres turcas cubiertas con sus velos, y se sientan al pié de los árboles ó en la orilla del mar, con sus hijos y sus esclavas negras; varios grupos de hombres están sentados mas lejos, tomando café ó fumando; la variedad de los colores de los trages de los hombres y de los niños, el color oscuro del velo monótono de las mugeres, forman bajo todos estos árboles el mas extraño y gracioso mosaico de colores; los bueyes y los búfalos rumian en las praderas; los caballos árabes, cubiertos de jaeces de terciopelo, de seda y de oro, bracean junto á los caiques que abordan en tropel, llenos de mugeres armenias y judías;—estas se sientan destapadas sobre la yerba, á la márgen del arroyo, formando una cadena de matronas y doncellas con diversos arreos y acti-